

Orden que esconde su origen en los remotos siglos, habia sido la mansion de los Angeles del desierto: sus profesores habian conservado muchos años el espíritu de su primer fundador, y se habian hecho recomendables por su separacion del mundo, por la inocencia de sus costumbres, por la integridad de su fé, y con su zelo por la Religion; pero la humana inestabilidad, que no respeta ni las obras de los Santos, se atrevió á alterar esta obra del grande Elías: sus hijos empezaron á alexarse de su profesion con pretexto de caridad, y conversando con el mundo, apagaron insensiblemente el fervor que habian mamado en la soledad. Solo la gran Teresa, para cuyo amor no habia imposible, era capaz de emprender un proyecto tan arduo, que ha asustado siempre á los Papas y Soberanos. Solo ella pudo resolverse á dar unos nuevos hijos á su padre, y un nuevo nacimiento á su propia madre, quiero decir, á la Religion, que la engendró en su seno: *In spiritu, et virtute Eliæ.*

¡Pero qué fatigas no sufrió en la execucion de esta empresa! ¡Qué oposiciones no padeció! ¡Qué lágrimas no derramó! Al dar principio á su Reforma divisa sobre el Orizonte de España una tempestad furiosa, cuyas olas parece que iban á sumergirla en el abismo: todo el Reyno se pone en movimiento: unos la pintan como una muger prestigiosa, que quiere eludir al público: otros la miran como á una hipócrita, que mezcla su propio interés con la honra del Señor: los políticos la juzgan delinqüente contra el Estado, los sabios imaginan que está seducida por el espíritu del error, los mas piadosos la muerden con sus sátiras, sus confesores la exòrcizan, sus hermanas huyen de ella como de un contagio: los pulpitos, los estrados, las plazas, los claustros, todo está en fermén-

tacion: las Cortes, los Obispos, los Tribunales, todos forman partido para interceptar los primeros vuelos de su empresa. ¿Mas qué importa? Teresa, esta invencible heroina, apoyada en su fidelidad, concluye una obra que hubiera acobardado á innumerables héroes unidos entre sí, y para cuyo éxito no hubiera bastado todo el poder del mundo: una Virgen pobre, destituida del humano socorro, á pesar de todos los obstáculos, á pesar de sus enfermedades, y de la debilidad de su sexò, emprende largos y penosos viages, recorre toda la Peninsula, dejando en cada paso un trofeo de su zelo: funda treinta y dos Monasterios, que han propagado su espíritu de austeridad, de fervor, de ciencia y abnegacion á los dos continentes del antiguo y nuevo mundo, y llega por último Teresa á ser la piedra fundamental sobre que descansa todo el peso de la montaña santa de los Profetas.

¿Qué prueba mas decisiva podia presentar de su fidelidad, ni qué experiencia mas costosa pudo exigir de su constancia el divino Esposo? Con todo, Teresa para mostrar á su amado todo el lleno de su zelo, y el último testimonio que podia pedirle de su inviolable fidelidad, no se contenta con haber exáltado su honra en el recinto de los claustros, dilata sus deseos hasta las extremidades del universo, y abraza quanto pueda contribuir al aumento de su gloria. Llena de este santo entusiasmo, y deseando encender el mundo con el fuego que la abrasa, se arrebató en espíritu á los Reynos de Europa, á los países de Asia y Africa, á las regiones de América, á las islas, bosques, á las cavernas mas inaccesibles, y reuniendo los ardores á su zelo, dirige encendidas súplicas al cielo para hacer baxar las divinas influencias que sirvan de fomento á la piedad de los fieles, y de luz

á los que descansan de las sombras de las tinieblas. Sin abandonar su clausura, atraviesa los mares, y transportándose en espíritu á las regiones del Oriente, ruega á su Dios por la extincion del Paganismo: corre con la imaginacion la Francia y Alemania infestadas con los errores de Lutero y Calvino, y derrama un diluvio de lágrimas para apagar las llamas de aquel fuego devorador: se dirige á los continentes de Asia y Africa, y ofrece todos sus méritos por la salvacion de aquellas almas: ¿qué mas? Une su espíritu á los obreros del Evangelio que propagaron la fé en el siglo XVI por las quatro partes del mundo, agrega sus oraciones á la palabra divina, y levantando sus manos inocentes al cielo, se hace suyas desde la montaña santa como Moyses las victorias y conquistas de aquellos valerosos soldados de la Cruz que combatieron en los valles, ciudades y reynos del mundo.

Vosotras, soledades del Carmelo, la visteis muchas veces deshecha en suspiros pedir al Señor operarios que reparasen las brechas de Jerusalem. Vosotras fuisteis testigos de los desconsuelos que la secaban de dolor al verse incapaz por sus enfermedades y por su sexô de seguir los rápidos vuelos de su ardiente zelo. Las visteis sacrificar con generosidad las austeridades mas costosas, y ofrecerse á sufrir todos los males de esta vida, todas las penas del Purgatorio hasta el fin de los siglos por salvar una sola alma. La visteis... ¿Pero en qué me empeño? ¿Acabaria yo jamás si hubiera de seguir los impulsos de su zelo? Contengamonos en los límites de una oracion, y para no defraudar el mérito de Teresa, hagamos por lo menos un resumen de la última prueba que hizo el Señor de su firmeza para admitirla á ser su esposa. Despues de un enlace de cuidados, de fatigas, de viages, de aba-

timientos, austeridades, y experiencias las mas terribles, ya era tiempo de que la heroina del Carmelo entrase á disfrutar los privilegios de Esposa. Pero ved aquí, que antes de franquearla el Esposo su mano soberana, la hace beber un cáliz de dolores, que van á apurar los esfuerzos de su constancia, y decidir el momento dichoso de su desposorio; se presenta visible delante de sus ojos una vez atado á la columna, otra cubierto de llagas, ya traspasado con clavos, y ya finalmente coronado de espinas, á fin de hacerla conocer por medio de estas espantosas visiones los trabajos y sufrimientos que debia abrazar para merecer el honor de esposa: Teresa lo entiende así; y á pesar de un espectáculo que pudiera intimidar á qualquiera otro corazon, que no fuera el de esta generosa Virgen, se siente penetrada de una animosidad sin exemplar, y forma un voto hasta entonces no oido en la Iglesia, de abrazar en todo y por todo, y para siempre lo mas penoso á la naturaleza humana, y lo mas agradable á los ojos de Dios.

¡Qué generosidad tan asombrosa! Este fué el sello que coronó la fidelidad de la ilustre Virgen de Avila, que la hizo digna de la eleccion de su Esposo, y la puso en posesion de los inmensos dones y privilegios que gozó en el curso de esta vida mortal: *Quæsivi sponsam mihi eam assumere, et amator factus sum formæ illius.* Estamos en la

SEGUNDA PARTE.

Aunque el espíritu santificador nos asegura por boca de Salomon que Dios ha puesto siempre sus tiernas delicias en las criaturas que formó á su imagen, llegando su bondad al exceso de jugar sobre la tierra con los hijos de los hombres: sin embar-

go, esta condescendencia tan liberal no ha podido jamas desprenderle de los derechos inamisibles de su magestad, ni despojarle de aquel imperio absoluto que exerce sobre la naturaleza; pero quando este mismo Dios admite una alma escogida á su estrecha alianza, y se digna honrarla con los privilegios de esposa, entonces parece que suprimiendo toda su grandeza, y olvidando en cierto modo los fueros de su soberanía, la hace entrar consigo en una íntima familiaridad, la comunica los arcanos mas reservados de su divinidad, la regala con los favores mas señalados, la franquea los tesoros inexplicables de su misericordia, la concede una plenitud de poder sobre la naturaleza, y pone en sus manos las llaves del cielo y de la tierra.

Ved ahí la sabia economía que observó el Señor con la ilustre Virgen que veneramos. Luego que Teresa llenó la medida del corazon de su Esposo, se halló anegada en un abismo de mercedes extraordinarias, que inundaron su alma por mas de treinta años: arrebatada en profundos éxtasis entra en posesion de quantas dulzuras contiene la oracion mas fervorosa, de quantas luces puede comunicar la mas alta contemplacion, y de quantas delicias promete en la tierra la union íntima con el celestial esposo: ya ilustran su entendimiento luces que exceden la humana comprehension: ya parece que se la han revelado los mas profundos misterios, y los dogmas mas incomprehensibles, de modo que ella casi no reconoce ya tinieblas en la fé, y vé con sus ojos quanto cree. Al mismo tiempo se siente su corazon inundado en gozo. ¡O dichosos momentos! ¡Cómo os pintaré yo? Siente que de improviso se excita en su alma un indecible deleyte que la hace dudar si vive aun en carne mortal; por otra parte se desprende un rayo de luz celestial,

que hiriendo en sus ojos, parece que la descubre en toda su plenitud la hermosura eterna: experimenta unos como preludios de aquel rio de paz que baña la celestial Jerusalem; bebe en aquella fuente de delicias que embriaga á los Santos: oye aquellas palabras misteriosas que no se concedió preferir á ningun hombre mortal. Acalorase su corazon, abrasase, derritese, rebosa en avenidas, y no pudiendo soportar el torrente de delicias que inunda su alma, exclama á su Esposo divino en uno de sus éxtasis: Señor, ó ensanchad mi corazon, ó limitad vuestros favores. En este estado ¿qué mas podia desear Teresa para ser dichosa? No obstante, el Esposo que no se contenta con esta desmayada imagen de la felicidad celestial, la transporta como á Pablo á las moradas de la Santa Sion; allí descubre á sus ojos el velo que oculta á los mortales su grandeza eterna; ella admira la felicidad que goza; se vé vestida de resplandores, y rodeada de gloria; ella contempla al Sumo bien, no sé si me atreva á decir con toda la claridad que se presenta á los Bienaventurados en el cielo; lo que puedo afirmar es, que en esta terrena comprehensora se admiraban todas las dotes que constituyen una alma bienaventurada. De aquí aquellas luces que bañaban su rostro virgen en medio de sus largos raptos, y ofuscaban á todos los que se atrevian á mirarla. De aquí aquel calor sensible que percibian en su exterior los que se acercaban á ella, y que ciertamente no eran otra cosa mas que unas efusiones y vapores divinos de aquel amor beatífico que ardía en su enamorado pecho. De aquí aquella agilidad que la levantaba visiblemente en el ayre, siguiendo ciudadana de los Angeles las divinas influencias del soberano iman por quien suspiraba. De aquí aquellos vuelos de su alma que espiritualizando un cuerpo

material y terreno le llenaban de sutileza para dexarse ver á un mismo tiempo entrando y saliendo de los Monasterios con las puertas cerradas. De aquí, finalmente, aquella impasibilidad que la eximia de las necesidades inseparables de la vida mortal, y la preservaba en los penosos viages de su Reforma, del sueño, de la hambre, de la sed, y de la intemperie de las estaciones; pudiendo decir en los veinte años últimos de su peregrinacion lo que un Angel dixo á Tobías: yo uso de un alimento invisible, que es el mismo Dios: *Ego utor cibo invisibili.*

¿Juzgais vosotros que no pasó de aquí todo el patrimonio de la ilustre heroína del Carmelo? No Señores. Las delicias que acabais de oirme, no fueron mas que una pequeña porcion de las arras con que el Esposo coronó los triunfos de Teresa; su mano soberana, que no ponía término á sus profusiones se empeña en privilegiar á esta su cara Esposa, que habia de ser el modelo de las Virgenes; dispensa con ella las leyes ordinarias de su Providencia, y la regala con maravillosas apariciones que la hacen á un mismo tiempo morir de placer y de dolor: parece que todo el cielo se pone en movimiento para honrar á esta nueva Esther: los espíritus soberanos baxan del Paraiso á celebrar sobre la montaña santa las bodas del Cordero. ¡Ah! La Santísima Virgen, los antiguos Patriarcas y los santos Angeles se la manifiestan visiblemente, la hablan con la misma familiaridad que si fuera ya conciudadana del Empireo, y comunican con ella las felicidades de la patria: un Serafin se presenta armado para traspasar su corazon con un dardo, y la sangre que sale de aquella penetrante herida inunda su alma con un torrente de delicias: el mismo Salvador se dexa ver en figura corporal, unas veces rodeado con los resplandores de su gloria,

otras recién nacido en el pesebre, ya entre las humillaciones del Calvario, ya resucitado y glorioso á la diestra de su Padre, causando en el corazon de su esposa unas impresiones tan vivas, tan tiernas y tan penetrantes, que jamas podrá llegar á comprenderlas la humana inteligencia. ¡O soledades de Egipto y de la Tebayda, santificadas con los prodigios y virtudes de los Pablos, Antonios, Hilariones, Egypciacas y Pelagias! Vosotras depositarias de las maravillas del cielo, ¿fuisteis alguna vez testigos de tan plausible y asombroso espectáculo? ¡O gran Dios! ¡Con qué abundancia os derramais sobre una alma, que predestinaiis con una especial predileccion para vuestra esposa! ¡Cómo haceis que brille sobre la tierra una Virgen que santificasteis para vos! ¡Con qué santa profusion premiais su fortaleza y su constancia! ¡Con qué dulzuras tan copiosas pagais sus trabajos y combates!

¿Qué mejor apología, Señores, ni que testimonio más auténtico podriamos apetecer para asegurarnos de los dones inestimables y señalados favores con que el cielo colmó á su predilecta Esposa? Sin embargo, era necesario que su entendimiento del mismo modo que su corazon recogiese el fruto de sus combates, y entrase en la posesion de aquella sabiduría sublime que en otro tiempo habia fecundado el entendimiento de los Davides, Isaías, Ezequiel y Jeremías, con el conocimiento de las verdades mas importantes de la Religion. Es verdad que la ilustre Teresa no tuvo el honor de ser instruida como una Bárbara baxo el magisterio del grande Orígenes, ni como las Eustaquias, Letas y Marcelinas en la Escuela de Gerónimo. Aunque jamas se la vió pisar los famosos Liceos de España, ni freqüentar sus célebres academias, ella no obs-

tante llega á ser á un mismo tiempo la luz de los pueblos, la Doctora de las naciones, la Maestra de los ignorantes, la consultora de los sabios, y el oráculo de su siglo. Su maestro es Jesuchristo, y su escuela es la oracion; aquí ilustrada con una luz, superior á la razon humana, toma un rápido vuelo, y se remonta á contemplar los secretos del Altísimo, en el seno mismo de la divinidad; unida con la gracia, y anegada en un torrente de luces penetra los misterios mas oscuros de nuestra creencia, descubre las maravillas que encierra el adorable arcano de la Trinidad, comprende la unidad de la esencia divina, la inmensidad de su Sér, la plenitud de su poder, el nacimiento eterno del Verbo, las humillaciones de su encarnacion temporal, las inagotables riquezas de su sabiduría, y los tesoros maravillosos de su gracia. Entra en los caminos de la providencia, y forma en su espíritu una imágen de la eternidad que la representa los sucesos futuros, la revolucion de los tiempos, la decadencia de los imperios, los ocultos senos del corazón humano, lo mas oculto de las conciencias, los decretos de la predestinacion, los pensamientos, las ideas, los designios, y las máximas mas escondidas del hombre. ¡Qué conocimientos tan sublimes y tan superiores á la capacidad mortal!

Cargada con los tesoros de la sabiduría eterna, vuelve á la tierra esta nueva Profetisa, esta sabia Española empuña en sus virginales manos aquella pluma veloz que ha sido la admiracion de los sabios, y forma la inmortal obra de la Teología mística, que puede mirarse como cuerpo y centro de la vida espiritual, y cuyo plan la habia inspirado el mismo Dios. Bien sabido es, Señores, que en el siglo de Teresa la Teología mística era un tesoro oculto en la tierra; los Padres de la Iglesia aun-

que habian ilustrado el dogma para conservar la fé en su pureza; aunque San Cipriano habia explicado la inmortalidad del alma, San Atanasio la divinidad de Jesuchristo, San Agustin los principios de la gracia, San Hilario las nociones de la Trinidad, y Santo Tomás los dogmas de la predestinacion; pero estos Doctores tan célebres no habian hecho mas que iluminar el entendimiento para ponerle á cubierto contra los sofismas del error; faltaba un cuerpo sistemático de principios, que arreglasen los movimientos del corazón hácia Dios; esto es, una Teología mística que guiase el alma por grados sucesivos hasta unirla inmediatamente con el Sumo Bien.

Pues esta es la excelente obra que el espíritu del Señor comunicó á la Virgen de Avila, la que inventó esta heroína extraordinaria, la que aprobó Roma con asombro del Universo, y la que ha llenado de luces toda la Europa: obra inmensa á la que la Iglesia ha hecho mas durable que el mármol con los elogios que la ha tributado, y con los socorros que ha sacado de ella; en esta grande obra abraza Teresa todos los arcanos de la vida espiritual, y los explica con sencillez y energia: en ella se encuentran reglas para no equivocarse la falsa con la verdadera virtud, para conocer los artificios del amor propio, las ilusiones del Angel de tinieblas, las astucias de este enemigo, los delirios del entendimiento, los devaneos de la imaginacion, los errores de la simplicidad, los rodeos del orgullo, los movimientos de la gracia, las inspiraciones del cielo, las sequedades del espíritu, los escrúpulos que inquietan, los temores que asustan, la paz que consuela, las delicias que enagenan... En una palabra, Teresa enseña con claridad, y desenvuelve con método quanto se habia dicho con obscuridad en

los siglos anteriores: oír á esta Doctora iluminada, es lo mismo que oír á todos los contemplativos que la habian precedido y se siguieron despues de ella, á los Clementes de Alexandria, á los Dionisios, á los Naziancenos, á los Gerónimos, á los Ambrosios, á los Casianos, ó por mejor decir, es lo mismo que oír á la verdad que habla por su boca.

Ella es la regla de que se ha valido la Iglesia en estos últimos tiempos para disipar el espeso humo que se ha levantado de los pozos del abismo, para confundir el partido de los fanáticos, y pronunciar sus anatemas contra los falsos Visionarios. Aunque Roma se vea amenazada de un incendio con el fatal tizon que sopló Molinos, inventor del quietismo, y su sistema ridículo halle discípulos en tan gran número que lleguen á asustar á toda la Iglesia, la pluma de Teresa fulmina desde el cielo la condenacion de aquel fanático; y queda proscripto su sistema con los principios sólidos y ortodoxos de la Doctora del Carmelo. Aunque toda la Francia se estremezca al golpe de los esfuerzos de un gran partido de Quietistas apoyados en las sublimes luces del Sabio Fenelon, Arzobispo de Cambray, y pongan en tortura á uno de los mayores ingenios que vió el siglo de oro de Luis XIV, quiero decir, al insigne Bossuet, Obispo de Meaux; luego que la controversia se lleva á Roma, centro de la fé y de la unidad, la misma cabeza de la Iglesia Inocencio XII. desde su trono hace subir las obras de Teresa al Solio Pontificio para que sea maestra en esta causa, y al punto se termina la disputa: Bossuet triunfa, y Fenelon se humilla. Aunque... Pero basta.

¿Qué nos admiramos despues de esto, si uno de los mas famosos Monarcas de España coloca con aplauso en la Biblioteca Real las obras de Teresa entre los originales de San Agustin y de San Juan

Chrisóstomo: si los maestros mas consumados en la escuela de la contemplacion como un San Francisco de Sales, un San Juan de la Cruz y un Venerable Avila la llaman Doctora sublime y escritora privilegiada de la Teología mística: si los escritores mas eloqüentes del siglo iluminado nos aseguran, que una pincelada suya vale mas que muchos volúmenes acreditados: si las prensas de toda la Europa se fatigan por satisfacer la santa ambicion de los que desean poseer este gran tesoro? Dicen que si los Angeles hubieran de conservar en la tierra elegirian la lengua de Teresa, y que su voz es el órgano mas adecuado al eco del Espiritu Santo.

Pues con todo, no fué este el capital de la dote que la preparó el Esposo. Parece que Dios, permitiéndome que lo diga, miró á la bella Castellana con cierta aceptacion, y no contento con haber enriquecido su entendimiento con tan sublimes luces, la llenó del espíritu y poder de sus mas ilustres Profetas. Podiamos decir segun el sistema de un Filósofo antiguo, que las almas de los Samueles, Eliseos y Danieles habian transmigrado al cuerpo de Teresa: ella desde el fondo de su celdilla rompe el velo funesto que oculta á los mortales los sucesos futuros, y presiente con claridad las revoluciones mas extrañas, y las particulares escenas que algun dia se han de admirar en la Iglesia y en el Estado. Antevé los rápidos progresos de su nuevo instituto, los héroes y heroínas que han de florecer en él, y los protectores que ha de tener, y como si tuviera presentes todós los monasterios de su Reforma, declara á sus hijas lo que pasa en todos ellos. Los senos del corazon humano se abren á los ojos de esta nueva Profetisa, y como los Videntes de Israel, registra el interior de las conciencias, palpa el es-

tado de sus almas, y consuela á los que conoce afligidos, suaviza á los enemistados, enciende á los tibios, anima á los fervorosos, aquieta á los tímidos, y á manera del sol, cuyas influencias son tan benéficas á la tierra, comunica la luz, y el calor á todos los que se acercan á ella.

Profetisa, y árbitra al mismo tiempo del universo, manda á la naturaleza, y la naturaleza obediente rompe sus fueros, los elementos pierden sus leyes, los astros mejoran sus influencias, los vientos reprimen su furia, el mar calma sus olas, el fuego suspende su voracidad, la tierra esfuerza sus estaciones, el cielo se abre ó se cierra á su voz, las criaturas mas insensibles se detienen ó se mueven á su advitrio, y toda la naturaleza reconoce en ella el poder de su Criador. ¿Qué mas? Dueña soberana de todo el mundo, atraviesa la Península, dexando por todas partes vestigios de su mano milagrosa; aquí cierra los sepulcros, y libra de las fauces de la muerte á los desauiciados; allí cura llagas en que el arte habia apurado en vano sus fuerzas: aquí da vigor á los cuerpos consumidos con fiebres inveteradas; allí da vista á los ciegos, y oído á los sordos: acá hace hablar á los mudos, y expulsa á los demonios de los energúmenos. Todos estos hechos extraordinarios se hallan sellados en una historia fiel, y estan honrosamente colocados en los Anales de los Reyes, y en los de la Iglesia; porque era muy justo que en todas partes se levantasen trofeos á una heroína que el cielo habia elegido para esposa suya, y se habia interesado en colmarla de los mas señalados favores: *Quæsi sponsam mihi eam assumere, et amator factus sum formæ illius.*

Si, gran Santa, ornamento singular de la España, y de toda la iglesia: estos fueron los premios

de un Dios infinitamente liberal que os habia santificado para sí con especial predileccion. Ahora que reynais con él en perpetuas eternidades, derramad sobre nosotros los poderosos influxos de vuestra mano, para que plantemos en nuestras almas las virtudes que practicasteis sobre la tierra, acreditad lo mucho que valeis con vuestro Esposo y alcanzadnos la gracia de nuestra santificacion. Yo no os pido por ese ilustre coro de vírgenes inocentes, que á la sombra de los claustros esconden virtudes tanto mas apreciables, quanto que la saben ocultar con mayor recato de la admiracion pública. Vos sois su madre, ella son vuestras hijas; pero unas hijas dignas de tal madre. El tiempo, que todo lo consume, ha respetado su fervor, y no degenerando de sí mismas, las veis despues de dos siglos tales, quales las visteis en los floridos dias de la Reforma; y supuesto que el curso de los años nada ha alterado en ellas, tampoco habrá mudado las disposiciones de vuestro corazon para con ellas. Ahora imploro vuestra proteccion para nosotros; pero en especial os pido que renoveis vuestro zelo á favor del Pastor universal de la Iglesia, para que el maligno viento del Aquilón no empañe la pureza de su fé; prosperad igualmente á nuestro augusto Monarca Carlos, á todos sus dominios, á nuestro Ilustrísimo Prelado, y á todos los moradores de este pueblo, para que imitando vuestros exemplos os acompañemos eternamente en la gloria. Amen.